

Esto es hecho, Señor; no quiero se pase un solo día de mi vida en que no os sirva, guardando exactamente vuestra santa ley. (*Psalm. 118.*)

PROPOSITOS.

1 Grande error es imaginar que haya en el discurso de nuestra vida cierto tiempo, ó cierta edad, en que impunemente se pueda omitir el aplicarse seriamente al negocio de la salvacion. Como si Dios hubiera esceptuado algunos dias en que no tuviéremos obligacion á trabajar en este único negocio; como si el Señor no nos hubiera de tomar estrecha cuenta de todos los dias de la vida. Ni uno solo se nos concedió para otro fin, ni uno solo se nos dió de sobra. ¿Pues qué será de aquellas personas que malograron toda su juventud; y acaso las tres partes de su vida, sin hacer en ellas nada por su eterna salvacion? Contado y determinado está el número de nuestros dias. ¿En qué parte del Evangelio se encuentra que no nos pedirá Dios cuenta de muchos ó de algunos? ¡Y despues nos admiraremos de que sea tan corto el número de los escogidos! Examina bien cuantos dias has perdido, y llora amargamente esta pérdida.

2 Procura emplear tan cristianamente el poco tiempo de vida que te resta, que tengas alguna razon para esperar que Dios tendrá piedad de tí por su infinita misericordia. Trabaja sin cesar en el negocio de tu salvacion; no malogres un instante; no hay que perder tiempo, pues demasiado has perdido. Haz propósito por las mañanas de emplear todo aquel dia en este importante negocio, y renueva el mismo propósito al principio de todas las acciones.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS APÓSTOLES SIMON CANANEO Y TADEO LLAMADO TAMBIEN JUDAS: Simon predicó el Evangelio en Egipto y Tadeo en la Mesopotamia; despues entrando juntos en la Persia, habiendo convertido una innumerable multitud de aquellas gentes á la fe de Jesucristo, alcanzaron la palma del martirio (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA CIRILA, virgen, hija de Sta. Trifonia, en Roma; la cual fué degollada por la fe de Jesucristo en tiempo del emperador Claudio.



S. SIMON Y S. JUDAS
APOSTOLES.

SANTA ANASTASIA, virgen, la mayor, y CIRILO, mártires, en Roma tambien: Anastasia en la persecucion de Valeriano, por sentencia del prefecto Probo, fué atada con cadenas, abofeteada, atormentada con fuego y azotes; mas como permaneciese constante en confesar á Jesucristo, le cortaron los pechos, le arrancaron las uñas, le rompieron los dientes, le cortaron los pies y las manos; y por último la degollaron, y adornada con tantas joyas de tormentos, pasó al Esposo: Cirilo habiéndole dado á esta Santa un poco de agua que le habia pedido; recibió el martirio por recompensa. (*Véase su vida en las de ayer.*)

SAN FIDEL, mártir, en Como, en tiempo del emperador Maximiano. (Nació en Milan y fué discípulo de S. Materno, obispo de la misma ciudad.)

SAN FERRUCIO, mártir, en Maguncia. (Floreció en el cuarto ó quinto siglo, y habiendo abandonado el servicio militar estando en Maguncia para consagrarse á Jesucristo, el gobernador de la ciudad le hizo encerrar en una fortaleza del Rhin, en la cual murió á poco tiempo.)

SAN FARON, obispo y confesor, en Meaux.

SAN GAUDIOSO, obispo africano, en Nápoles; el cual huyendo de la persecucion de los vándalos, pasó á Campaña, y en un monasterio inmediato á aquella ciudad, acabó santamente.

SAN HONORATO, obispo, en Vercelis. (Era discípulo del glorioso mártir S. Eusebio, y combatió la herejía de Arrio, por cuya causa tuvo que sufrir muchas persecuciones y hasta el destierro, en el cual murió.)

SAN SIMON Y SAN JUDAS, APÓSTOLES.

De ninguno de los apóstoles nos refiere quizá menos cosas el sagrado Evangelio que del santo apóstol S. Simon. Es verdad que nos dice muy bastante solo con asegurarnos que Jesucristo le escogió para que fuese uno de sus doce apóstoles; eleccion y ministerio que por sí solos significan mas que todo cuanto nos podian referir los historiadores en una difusa y circunstanciada relacion de sus virtudes y proezas, pues hasta la misma eleccion para su elogio. S. Mateo siempre llama á Simon el *Cananeo*, para distinguirle de S. Pedro, que tambien se llamaba Simon; y el distintivo de *Cananeo* le tomó de la ciudad de Caná en la provincia de Galilea, donde S. Simon habia nacido. S. Lucas le apellida Simon el Zelador: *Simon Zelotes*; ó por alusion á su ardiente zelo, que fué siempre como su especial carácter; ó acaso principalmente porque como la palabra hebrea *Caná* significa en griego *Zelo*, y S. Lucas escribió en esta última lengua, le dió el nombre de *Zelador*, que equivale á *Cananeo*, para fijar el significado equivoco del hebreo *Canani*, que puede significar ó ze-

lador, ó fenicio, ó cananeo. Asegura Teodoreto que S. Simón fué de la tribu de Zabulon ó de Néftali, adelantando Nicéforo que nuestro Santo fué el esposo de las bodas de Caná, á que asistieron convidados el Salvador y la santísima Virgen, haciendo en ellas, á ruegos de esta Señora, el primer milagro de convertir el agua en vino; cuyo prodigio obrado en su favor, hizo tanta impresion en el novio, que todo lo dejó por seguir á Jesucristo, y de consentimiento de su esposa, á quien no habia tocado, conservó perpetua virginidad en el matrimonio, sirviendo de modelo á tantos grandes santos que imitaron despues tan bello ejemplo.

Desde que Simon se determinó á dejarlo todo por seguir á Jesucristo, no reconoció á otro maestro; tan adherido á su divino Salvador, que nunca le perdió de vista. Siempre atento á sus divinas lecciones, y perpetuo testigo de todas sus maravillas, sobresalió muy presto entre todos los discipulos; pero su amor con especialidad á la persona de Jesucristo, y el ardiente zelo que manifestaba por la gloria de su celestial Maestro, le acreditaron muy desde luego por uno de los mas fervorosos apóstoles del Salvador.

SAN JUDAS, por sobrenombre *Tadeo*, dos veces que significan una misma cosa, siendo la primera hebrea y la segunda siríaca, y queriendo ambas decir lo mismo que *confesion*: S. Judas fué hermano de Santiago el Menor, hijo de Alfeo y de Maria, tan conocida en el Evangelio por su adhesion á la persona de Jesucristo. Ambos eran llamados hermanos del Señor, segun la costumbre de los judíos, porque eran parientes muy cercanos de la santísima Virgen. S. Jerónimo llama tambien á S. Judas *Lebbeo*, que quiere decir *hombre sabio y generoso*, con cuyo distintivo le apellida igualmente el griego de S. Mateo. Es muy verisimil que nuestro Santo no seria de los últimos que fueron llamados al apostolado, y que teniendo la honra de ser deudo tan cercano de la santísima Virgen, lograria igualmente la dicha de ser uno de los primeros discipulos del Salvador. Por lo menos parece cierto que fué uno de los que tuvieron mas parte en la amistad de su divino Maestro, y de los que con mas cariñosa confianza se atrevia á preguntarle las dudas que se le ofrecian. Despues de la institucion de la sagrada Eucaristia, habiendo hecho el Hijo de Dios á los apóstoles aquel admirable sermón que se refiere en el capitulo 14 de S. Juan, como S. Judas no hubiese comprendido bien lo que el Salvador quiso decir en aquellas palabras: *El mundo no me verá, pero vosotros me vereis; porque yo estaré vivo, y vosotros lo estareis tambien*: Señor, le preguntó S. Ju-

das, ¿por qué os habeis de dar á conocer á nosotros, y no al mundo? Por ventura, ¿vuestro reino no se ha de estender á toda la tierra? ¿no han de lograr todas las naciones la dicha de conoceros? Pues qué, ¿Israel y Judá serán escluidos de vuestro reino? ¿El fruto de vuestra venida al mundo, la grande obra de la redencion se ha de limitar á un corto número de discipulos y de siervos vuestros? Respondióle Jesucristo con aquella dulzura y con aquella condescendencia que le era tan familiar; y tomando ocasion de la pregunta que le habia hecho, dió la razon por qué no se haria conocer del mundo, como prometia dejarse conocer de sus apóstoles, y era porque el mundo no le amaba; siendo la prueba de que no le amaba, el que no guardaba sus mandamientos.

Siendo S. Judas inseparable de Jesucristo por el tierno amor que le profesaba, se halló presente á todos los grandes misterios de nuestra redencion, y tuvo la fortuna de ver muchas veces á Jesucristo despues de resucitado; oyendo de la misma boca del divino Maestro todas las verdades y todos los secretos misterios de la religion. Despues de su gloriosa ascension á los cielos y de la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, participó tambien S. Judas el consuelo de padecer por el nombre de su celestial Maestro muchos malos tratamientos en la persecucion que los judíos escitaron contra la recién nacida Iglesia.

Habiendo resuelto los apóstoles salir de Judea para anunciar el Evangelio á toda la tierra, S. Simon se dirigió á Egipto, donde sembró el divino grano, que con el tiempo habia de convertir aquella dichosa provincia en un terreno prodigiosamente fecundo de innumerables santos, siendo ordinaria habitacion de tantos millares de anacoretas. Pero no bastando á la dilatacion de su zelo los inmensos espacios de aquel estendidísimo país, corrió las vastas provincias de la Africa, cultivándolas con tanto fruto, que en breve tiempo fueron una de las mas floridas y mas abundantes regiones de la cristiandad. Dícese que tambien penetró hasta la Gran Bretaña; tan insaciable era su zelo de conquistas y de trabajos por amor de Jesucristo: pudiendo parecer que no le bastaba todo el universo, y que él solo, por decirlo así, quisiera convertir toda la tierra. Segun la opinion mas antigua, se dilató asimismo hasta la Persia, donde despues de inesplicables trabajos, de indecibles frutos y de innumerables conquistas, habiendo llevado la luz de la fe á las tres partes de mundo, tuvo la dicha de coronar su apostolado con la gloria del martirio.

San Judas, segun el Martirologio Romano, fué á predicar el

Evangelio á la Mesopotamia, donde hizo innumerables conversiones; y S. Paulino afirma que tambien llevó á la Libia la luz de la religion. Hallándose en una de estas dos provincias, no contento con trabajar tan felizmente en la conversion de los gentiles, quiso estender tambien su zelo á todos los fieles, dirigiéndolos aquella admirable Epístola, que es la última de las católicas, por no enderezarse á alguna iglesia particular, sino en general á todas. Entra protestando que ya habia tiempo tenia ánimo de escribir á los judios convertidos y dispersos por todo el Oriente; pero que al fin se veia ahora como precisado á ponerlo en ejecucion, por la necesidad de oponerse á ciertos falsos doctores que corrompian la sana doctrina y llenaban la Iglesia de turbacion. Tiénese por cierto que hablaba principalmente de los simonianos, de los nicolaítas y de los demás herejes conocidos en la historia con el nombre general de gnósticos, cuyos extravagantes errores y cuyas estragadas costumbres describen S. Epifanio, S. Ireneo y otros padres antiguos. En el mismo principio de su Epístola hace de ellos S. Judas una pintura que de ninguna manera los lisonjea; pero como el verdadero zelo es sin hiel y sin amargura, no teniendo otro fin que el de la conversion y salvacion de los mayores enemigos de Jesucristo, exhorta el santo Apóstol á los fieles para que con sus oraciones y con sus buenos ejemplos trabajen con humildad en la conversion de aquellos miserables, retirándolos del fuego eterno, adonde los iba precipitando su locura. Alaba Orígenes esta Epístola diciendo que en las pocas líneas que contiene comprendió S. Judas unos discursos llenos de fuerza y de gracia celestial; y S. Epifanio dice está persuadido á que el Espíritu Santo inspiró á S. Judas el pensamiento de escribir contra los gnósticos la Epístola que tenemos de él. Aunque no hay cosa mas cierta en orden al lugar ni al género de martirio que padecieron estos dos grandes Apóstoles, diremos lo que se lee en algunas actas muy antiguas, y parece estar autorizado por el Martirologio Romano, á lo menos en cuanto al lugar de su martirio.

Despues de haber corrido los dos santos apóstoles Simon y Judas grandes y vastísimos espacios de países por el discurso de casi treinta años, aumentandó en todas partes el rebaño de Jesucristo con crecido número de fieles, se sintieron inspirados del cielo á ir á predicar la fe en el reino de Persia. Al entrar en él se encontraron con un ejército mandado por el general Baradach, que iba contra los indios, á quienes el rey de Persia habia declarado la guerra. Luego que los Santos entraron en el campo, todos los demonios que hablaban antes por el órgano de los adi-

vinos y de los magos enmudecieron de repente, sin dar ya respuesta alguna. Este repentino silencio admiró y aun atemorizó á todo el ejército; y habiéndose consultado sobre él á un famoso ídolo, que distaba algunas leguas del campo, respondió que la presencia de los extranjeros Simon y Judas, apóstoles de Jesucristo, habia cerrado la boca á los dioses del imperio; añadiendo, que era tan formidable su poder que ninguno de estos se atrevia á parecer en su presencia. Con esta noticia todos los sacerdotes y adivinos del ejército concurrieron en tumulto á la tienda del general, pidiendo la muerte de aquellos dos extranjeros, y amenazándole con una general rebelion si no se le concedia. Baradach, hombre cuerdo y detenido, no quiso precipitar el negocio: mandó llamar á los dos Santos, hizolos varias preguntas, y quedó tan satisfecho y tan pagado de sus respuestas, que los miró con estimacion y con respeto, citándolos para una conversacion particular y reservada. En ella le esplicaron la santidad y la verdad de nuestra religion: le hicieron evidencia de las imposturas y embustes de todos aquellos encantadores, no menos que de la flaqueza y ningun poder de todos sus ídolos; y para acabarle de convencer añadieron que daban licencia á aquellos embusteros para que hablasen y pronosticasen el suceso de aquella guerra. Respondieron todos, despues de haber consultado con el demonio, que la guerra seria larga, peligrosa y sangrienta. Tomando entonces los Apóstoles la palabra, y volviéndose al general, le dijeron: *Ahora conoceréis, señor, la falsedad y la impostura de vuestros oráculos. Es tan falso el pronóstico de estos vuestros adivinos, como que mañana á esta misma hora en que os estamos hablando llegarán al campo los embajadores de los indios, y os pedirán la paz con las condiciones que los quisieréis imponer, sin la menor resistencia.* Todo el ejército estuvo aquel dia en impaciente espectacion hasta ver el efecto de la profecia. Llegaron los embajadores á la misma hora señalada, y se concluyó la paz como se quiso. A vista de tan maravilloso suceso no solo se convirtieron el general, los oficiales y la mayor parte del ejército, sino que informado el rey que estaba en Babilonia, quiso ver á los santos Apóstoles, y se convirtió él con toda su real familia. A este primer milagro se siguieron otros que contribuyeron á la conversion de casi todo el reino, mediante las escursiones apostólicas que nuestros Santos hicieron por sus principales pueblos y ciudades. Solamente permanecieron obstinados los magos y los sacerdotes de los ídolos, los cuales con el despecho de verse olvidados y desatendidos, determinaron acabar con los dos santos Apóstoles. Sublevaron contra ellos al pue-

blo en una ciudad distante de la corte, y al mismo tiempo que los Apóstoles se disponian para anunciarlos el Evangelio, se arrojó sobre ellos el populacho, y arrastrando al uno ante una estatua del sol, y el otro ante un ídolo de la luna, los mandaron ofrecer incienso á aquellas imaginarias deidades. Mostraron los santos Apóstoles el horror que les causaba aquella execrable impiedad, y al punto fueron sentenciados á muerte. S. Simon, segun la tradicion antigua, fué aserrado por el medio; y á S. Judas le cortaron la cabeza. En virtud de la misma tradicion se pinta á S. Simon con una sierra y á S. Judas con una hacha en la mano, como símbolos del género de martirio que padecieron. Tardó poco Dios en vengar su gloriosa muerte, pues se dice que en el mismo punto se levantó una horrible tempestad, que dió en tierra con los templos de los falsos dioses, hizo pedazos los ídolos, y quedaron sepultados entre las ruinas todos los que tuvieron parte en ella.

Con el tiempo fueron llevadas á Roma las reliquias de los santos mártires, venerándose alguna parte de ellas en Tolosa, y algunos huesos en la iglesia de S. Andrés de Colonia y en la de los Cartujos.

SANTA SABINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

EL domingo inmediato antes del día de S. Simon y S. Judas apóstoles se solemniza en San Pedro de Ager, en el principado de Cataluña, la fiesta de Sta. Sabina virgen y mártir, cuyo sagrado cuerpo poseen aquellos habitantes, y hacen de ella oficio doble con octavas, nombrándola en la colecta de la misa y oficio divino. La oracion que usan, es: *Indulgentiam nobis domine Beata Sabina virgo, et martyr imploret, quæ tibi grata semper extitit, et merito castitatis, tuæ professione virtutis. Per Dominum, etc.* De esta Sta. Sabina no se ha podido averiguar otra cosa; pero es de advertir que es diferente de las otras tres Santas del mismo nombre, conforme lo asegura *Domenec en su hist. de Santos de Cat.*

La misa es en honor de los santos apóstoles Simon y Judas, y la oracion la que sigue:

O Dios, que nos concediste la gracia de que llegásemos á tu santo nombre, me-
diante la predicacion de tus apóstoles S. Simon y Judas; concédenos tambien que ade-

lantemos en la virtud cuando lan-
tebramos su gloria cuando ade-
tebramos su gloria cuando ade-

La Epistola es del cap. 4 de la del apóstol S. Pablo á los efesinos.

Hermanos: A cada uno de nosotros ha sido dada la gracia segun la medida de la donacion de Cristo. Por lo cual dice: Subiendo á lo alto, llevó cautiva la cautividad; dió dádivas á los hombres. ¿Qué quiere decir, pues, el que subió, sino que descendió tambien primeramente á las partes mas bajas de la tierra? El que bajó es el mismo que subió sobre todos los cielos para dar cumplimiento á todo; y él constituyó á unos apóstoles, á otros profetas, á otros evangelistas, á otros pastores y doctores para la perfeccion de los Santos, para la obra del ministerio y para la edificacion del cuerpo de Cristo: hasta que nos reunamos todos por la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios en un hombre perfecto á la medida de la edad perfecta de Cristo.

REFLEXIONES.

A cada uno se le dió la gracia, segun la medida de la liberalidad de Cristo. No á todos se concede la misma ó igual medida de gracias; distribúyelas el Señor segun la infinita sabiduría de su divina providencia; pero á todos se da la gracia suficiente, la que á ninguno falta jamás. Nosotros sí que faltamos á la docilidad y fidelidad que debemos á la gracia. Las gracias son diferentes: *Divisiones gratiarum*; pero el espíritu y la misericordia que las comunica son las mismas, y uno mismo es el fin. El que Dios tiene en comunicárnoslas, es prestarnos auxilios y medios para conseguir nuestra salvacion. No nos pide Dios que el que solo recibió un talento, gane cinco; lo que pretende es, que negociemos con él, y que se doble el caudal que se recibió. Igualmente recompensa al siervo fiel que ganó dos, no habiendo recibido mas que dos, que al que ganó cinco, habiendo recibido cinco. Pero reprueba y condena al siervo haragan y perezoso, que habiendo recibido uno, le enterró, no le benefició, y no supo aprovecharse de él. Leccion misteriosa, pero de suma importancia para todos los fieles. Ninguno deja de recibir las gracias que le bastan para ser santo; solo resta que se aproveche de ellas, y el modo de aprovecharlas, es correspon-

derlas. Pero sepultamos esta gracia. Dominando en nosotros los deseos terrenos, el amor del mundo, la concupiscencia, la avaricia, las pasiones, que todas son otros tantos mortales enemigos de la gracia, prevalecen en el corazón, y en él la sufocan, ó á lo menos la inutilizan. Ninguna gracia, por pequeña que sea, deja de ser efecto de los méritos, sangre y muerte de nuestro Redentor. Siempre nos la concede Dios proporcionándola á los peligros en que nos hallamos. Con ella podrás resistir á la tentación. Podías muy bien no haber hecho ese contrato usurario; pues ella te descubría su injusticia: podías no haber concurrido á aquella casa, escollo de tu inocencia, como lo pensaste alguna vez; pues ella te hacía conocer el peligro: podías haber recurrido al sacramento de la penitencia, como tu misma conciencia te lo estaba continuamente gritando: podías haber acudido á la oración: podías haber reformado tus costumbres, aprovechándote de tantas ocasiones, de tantos buenos ejemplos de que se valió la gracia para acusar interiormente tu negligencia y cobardía. No te dió gana de hacerlo: atribuístelo á tu flaqueza; pero tu verdadera flaqueza fué tu mala voluntad. Algun día sabrás que con la misma gracia, y aun con menor, hicieron muchos por su salvación lo que tú, siervo ruin y perezoso, no tuviste valor para hacer. No digamos ya que la gracia fué menos fuerte que la pasión: hubiera sido cien veces mas vigorosa que ella, si como tu corazón estaba de inteligencia con la pasión, hubiera querido estar de acuerdo con la gracia. No hay santo en el cielo que no reconozca por toda la eternidad que debió su salvación únicamente á la gracia del Salvador. No hay condenado en el infierno que no esté plenamente convencido, que no esperimente por toda la desdichada eternidad, que él solo fué el único artífice de su funesta reprobación. ¡Oh, y qué grandes efectos produciría en un corazón verdaderamente cristiano esta verdad bien considerada!

El Evangelio es del cap. 15 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Esto es lo que os mando, que os améis unos á otros. Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció á mí antes que á vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; pero por-

que no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por tanto él os aborrece. Acordaos de la sentencia que os dije: No es el siervo mayor que su señor. Si á mí me persiguieron, también os perseguirán á vosotros: si guardaron mi palabra,

también guardarán la vuestra. Pero todo esto lo harán con vosotros por causa de mi nombre; porque no conocen á aquel que me envió. Si no hubiera venido, y no les hubiese hablado, no tendrían culpa; pero ahora no tienen excusa de su pecado. El que me aborrece á mí, también aborrece á mi Pa-

dre. Si no hubiera hecho entre ellos obras tales, que ningún otro las hizo, no tendrían culpa; pero las han visto, y con todo eso me aborrecieron á mí y á mi Padre. Pero debe cumplirse aquella sentencia que está escrita en su ley: Me tuvieron odio sin motivo.

MEDITACION.

Del odio que el mundo tiene á los buenos.

PUNTO PRIMERO. — Considera que es cosa bien estraña que los buenos sean tan mal recibidos del mundo, siendo así que ellos son la parte más sana de él. ¿Donde se halla la realidad, la buena fe, la hombría de bien, el agrado, la cortesanía, el verdadero mérito, sino en los hombres virtuosos? ¿en el resto de los demás hombres hay otra cosa que embuste, artificio, infidelidad, intención torcida, mala fe, pasión, envidia, malignidad y superchería? ¿donde se encuentra una amistad sincera, una fidelidad constante, una correspondencia firme, segura y á prueba del interés? Solo en el espíritu y en el corazón de los buenos. Sal, por decirlo así, del distrito, del territorio de la verdadera virtud, y solo encontrarás brillantes falsas, apariencias engañosas, ficciones, artificios y monadas; el parentesco, las conexiones, las alianzas, todo es infiel, todo sospechoso. ¿Pues en qué consiste que aquella virtud cristiana tan majestuosa, tan respetable, tan útil, tan amable, no acierte á parecer delante de los hombres del mundo sin revolverles la cólera, sin avinagar mas su mal humor? Consiste en que la virtud es una censura incómoda, una muda pero punzante acusación de la malignidad que reina en el mundo. Un hombre virtuoso, una persona verdaderamente cristiana no se puede dejar ver, sin que su misma vida reprenda á los libertinos los mas secretos desórdenes de una conciencia ulcerada. Quisieran los viciosos que todos fuesen tan corrompidos como ellos. Desearían los malos que fuese imposible la práctica de la virtud. La vida arreglada de los otros es su proceso y es su condenación. Por eso se mira siempre en el mundo con malos ojos á la virtud cristiana; por eso se siente cierta secreta, pero maligna complacencia, siempre que se des-

cubre el mas mínimo defecto en los hombres virtuosos. Esta es la razon porque nunca se quiere creer que haya verdadera virtud en las personas devotas; y de aquí nace aquella chacota impía, aquellas insulsas chufletas con que se pretende hacer ridícula y despreciable la virtud y la devocion; de aquí aquel desenfrenarse tan furiosamente contra los devotos, á quienes se quisiera esterminar de la sociedad de los hombres. No es ya la virtud á quien se persigue; los secretos, pero intolerables remordimientos de la propia conciencia, que no se pueden sufocar, esos son los que ponen de tan mal humor á los mundanos, á los libertinos y á los disolutos. Tiempo vendrá en que se restituirá á la virtud aquel honor que ahora se la procura denigrar con tan infames calumnias; pero en la hora de la muerte, pero en el día del juicio, pero en el infierno, ¿será tiempo oportuno, te servirá mucho el conocer, el confesar que te alucinaste, que te aturdiste, que te engañaste?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que el odio que los mundanos tienen á los buenos, es consecuencia forzosa del odio que el mundo profesó al mismo Jesucristo. ¿Qué mayor honra, qué mayor gloria para los verdaderos virtuosos, para los verdaderos cristianos? *Si el mundo os aborrece* (dice el Hijo de Dios), *sabed que primero me aborreció á mí. Si vosotros fuerais del mundo* (continua el Salvador), *el mundo amaria lo que es suyo. Pero porque no sois del mundo, y porque yo os escogí, sacándoos de en medio del mundo, por eso el mundo os aborrece.* La aversion que el mundo tiene á los buenos, es continuacion de la que todavia profesa al Salvador del mundo. En virtud de ella se mueven los mundanos á condenar sus leyes y su Evangelio. Oprímelos mucho aquella religion que condena el desórden de sus costumbres. No pueden tolerar tanta multitud de preceptos. Alborótalos la doctrina de Jesucristo; no puede ser de su gusto una doctrina que tiene tan á raya á los sentidos, al amor propio, y pone freno á las pasiones. Desagradándoles tanto el amor, por precision han de desagradarle sus siervos. Siendo la doctrina del Hijo de Dios tan enfadosa á su perverso corazón, de necesidad le han de ser insoportables todos aquellos que la siguen. Son los mundanos enemigos declarados del Salvador, con que no pueden ser amigos de los que sirven á tan buen amo. Y como por otra parte son osados, son atrevidos, á todo hacen frente, sin que nada les contenga, ni el temor de Dios, ni el respeto de la religion; se desencadenan con toda libertad contra las perso-

nas devotas. ¿Pero se ha de temer su desenfreno? ¿y seria mucho honor de los siervos de Dios que los amasen y los estimasen unos hombres que aborrecen á su divino Maestro? Por el contrario, ¿cuanto los honra el odio de este género de gentes? Muy mala señal seria si tuvieran á su favor el voto de los que desaprueban tan descubiertamente las máximas del Evangelio. *Si deseára agradar á los hombres* (decia el apóstol S. Pablo), *no sería siervo de Cristo.* ¡Pues qué vergüenza será si todavia se teme la maligna crítica de esos miserables censores! ¡qué dolor es ver á algunas almas virtuosas tener miedo á los juicios de unos hombres que condenan la moral del Evangelio! ¡pues qué, se ha de rezelar cumplir con nuestra obligacion, obrar bien á vista de los que viven mal! ¿Quién ignora que su persecucion es el mayor elogio de los mismos que aborrecen? Despues de esto, ¿quién hará ya caso de los respetos humanos? ¿quién no despreciará sus insulsas, sus irreligiosas zumbas? ¿seremos ya eternamente esclavos del capricho, de la fantasia y del mal humor de aquellos que abominan de la virtud, solo porque ellos hacen profesion de ser viciosos?

Avergüénzome, Señor, de haber tenido miedo por tanto tiempo á una fantasma. Conozco todo el rubor de tan indecente cobardía. No, mi Dios, no temeré ya el maligno odio de vuestros enemigos; sean tambien enemigos míos los que lo son vuestros. De esto me glorio yo; y resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á no hacer ya el menor aprecio de su persecucion.

JACULATORIAS. — Cuanto mas me aborrezca el mundo, mas y mas quiero amarte á tí, Dios mio, que eres toda mi fortaleza. (*Psalm. 17.*)

¿Quién será capaz de apartarme nunca del amor de mi Salvador Jesucristo? (*Ad Rom. 8.*)

PROPOSITOS.

1. Que una virtud fingida alborote los ánimos y escite la indignacion de todo el mundo, no hay cosa mas justa. Los hipócritas son objeto de la abominacion de Dios y del horror de todos los buenos. Pero qué se levanten los ánimos contra la verdadera virtud, y que la virtud cristiana sufra una especie de persecucion en medio del cristianismo, son unos hechos que solo por la esperiencia se pudieran hacer creibles, y parecen tan opuestos á la religion como á la razon. No te admiren, pues, ni mucho

menos te acobarden los modales duros, groseros, desdeñosos con que los mundanos tratan á las personas que hacen profesion de virtud; ni mucho menos estrañes la poca justicia que á esta se la hace. Antes bien debes hacer el ánimo á que tu conducta no será muy aprobada de este género de gentes desde el mismo punto que te retires de sus concurrencias, y comiences á reformar tus costumbres; pero guárdate bien de rendirte jamás á sus falsos juicios. Para lograr mejor esto, nunca te declares á medias por el partido de Dios. Haz pública profesion de servirle; declárate abiertamente por la perfeccion cristiana. A ninguno desprecia mas el mundo que á aquellos devotos que se avergüenzan de que los tengan por tales.

2 Es un acto de virtud de suma utilidad cumplir todas las obligaciones de cristiano públicamente y con un modo ejemplar. Asiste los domingos al sacrificio de la misa y á los divinos oficios en tu parroquia con modestia y con ejemplar devocion. Frecuenta los sacramentos en público, y nunca te avergüences de parecer cristiano.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES JACINTO, QUINTO, FELICIANO Y LUCIANO, en la Basilicata (provincia de Lucania.)

SAN ZENOBIO, presbitero, en Said en la Fenicia, quien en el furor de la última persecucion, exhortando á los demás á padecer el martirio, se hizo tambien digno de la corona de mártir.

LOS SANTOS OBISPOS MAXIMILIANO, mártir, y VALENTIN, confesor, en el mismo dia.

SANTA EUSEBIA, virgen y mártir, en Bérghamo.

EL TRÁNSITO DE SAN NARCISO, obispo, esclarecido por su santidad, por su paciencia y su fe, en Jerusalem; el cual de ciento diez y seis años de edad durmió en el Señor. (*Véase su historia hoy.*)

SAN JUAN, obispo y confesor, en Autun.

SAN DONATO, en Casiopa de la isla de Corfú, de quien escribe S. Gregorio papa (en su libro de Epistolas; y cuenta, hablando de sus reliquias, algunos milagros obrados por su intercesion.)

LA DICHOSA MUERTE DE SAN TEODORO, abad, en Viena de Francia. (Despues de haberse ejercitado por muchos años en la observancia de la vida religiosa, mandó edificar un monasterio, y en él estableció la práctica ya bastante admitida de que el religioso que desempeñase las funciones de hebdomadario, permaneciese durante su oficio encerrado en una pequeña celda, orando de continuo para presentarse con mas pureza y fervor á celebrar los sagrados misterios. Y él tuvo este encar-